NÚMERO II AGOSTO 7 DE 1898 AÑO I

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

RELIGION (1)

Existe una palabra en el vocabulario humano, expresión de una sublime idea que, cual ninguna, ha tenido el poder de despertar interés en la inteligencia de los hombres. ¡Cuántas discusiones, cuántas guerras sangrientas, cuántos crímenes sin nombre se han cometido invocando esa palabra: ¡Religión!

¡Religión! ¿Cuál fué tu cuna? ¡Grandioso y sublime enigma! Después de tantos siglos como há que existes, todavía promueve tu orígen multitud de discusiones, y mientras la fé te dá por padre al supremo y divino creador, la ciencia dice que eres una consecuencia espontánea de la colectividad social, como el idioma, la guerra, la industria y como todas las leyes que rigen á los pueblos. ¿Es posible esto? Nó. Si la religión fuese una invención del hombre, no habría la extraña analogía que existe en todas ellas; cada pueblo hubiera formado una religión especial, según sus costumbres é inclinaciones. El hombre no sería sino el más desgraciado de los animales si al nacer, Dios no le hubiese dotado de la facultad de presentir la esencia divina de su creador, así como de la intuición de la inmortalidad de su alma, dejándole esperar como fin á su penosa existencia, un mundo de felicidad, premio y estímulo á la vez, para que sea bueno,—y un sin fin de sufrimientos como castigo á la maldad, valla que le contiene en el camino del mal.

Desnaturalizando la primera inspiración divina y confundiendo el culto de

(1) Del Archivo de Conferencias de la Rama Argentina «Luz», tomamos la presente pronunciada hace algún tiempo por nuestra malograda hermana *Filadelfia*.

la idea con la idolatría de la materia, el hombre creó formas más ó menos perfectas y significativas. De esto debieron nacer las primeras diferencias en la religión, aunque subsistiendo en todas ellas la idea de un Dios que dirije todos los actos de la naturaleza, y el respeto hácia los muertos.

Con los escasos datos que hoy se posée, es casi imposible indagar cuál fué la primera forma religiosa, al través de tantas alteraciones como las que ella ha sufrido; pero así como el crisol del químico y la mirada excrutadora del geólogo, en el más insignificante grano de arena ven indicios claros de la montaña á que éste pertenecía, así el hombre investigador, con el análisis de las religiones modernas, con el estudio de sus ritos y creencias, puede remontarse á la fuente primitiva y en su curso hallará siempre una unidad de principios, los cuales indican claramente que á pesar de los grupos en que hoy está dividida, ayer tuvieron éstos un orígen común. Nó, la religión no puede ser solamente un impulso del pensamiento humano, un fulgor de la imaginación. La idea de la divinidad, esencia de las religiones, nació en el cerebro del primer hombre, pura y lijera al principio como el copo de la nieve, más luego, empujada por el torbellino de las pasiones á través de las edades, la bola de nieve creció, convirtiéndose en avalancha que ha aplastado con su peso, durante muchos siglos, millares de hombres, pueblos, razas enteras, cual la israelita, que aun hoy se vé errante y expulsada de varias naciones. Afortunadamente muy pronto el sol de la fraternidad, vendrá con sus purísimos rayos á trocar la avalancha de nieve en rocío bienhechor que hará prosperar los campos donde germina el pensamiento humano. Nó, hermanos, la religión no puede ser una creación de la sociedad; puede sí haber sido modificada según las circunstancias para excitar en un pueblo, en casos determinados, los ánimos en la guerra, para correjir los desórdenes de una raza ó como medida higiénica indispensable. ¿Quién nos dice que Mahoma, al prohibir terminantemente á los que profesaban su religión, que comiesen carne de cerdo, que bebieran licores, no tuvo en cuenta el temperamento físico de sus fieles? El paraíso que les ofrece como recompensa no puede ser mejor para ellos ¿Qué podía halagar más á un pueblo acostumbrado á las delicias del harem, que un cielo poblado de huríes? El que muere en el campo de batalla, dice Mahoma, resucita en el cielo. Como consecuencia natural, veis, impulsados por el fanatismo, morir á miles de hombres, con la sonrisa en los labios. ¿La influencia druídica no fué la que mantuvo durante muchísimo tiempo en el pueblo galo, el ódio hacia el extranjero? ¡Qué heroismo no desplegaron aquellos pueblos defendiendo su patria y su religión

¡Qué pureza de costumbres la de las mujeres galas! Preferían destruir ellas mismas su cuerpo, antes de permitir que se manchase su alma con el pecado.

La idea de la inmortalidad del alma predicada por los sacerdotes druidas, ejercía tal dominio sobre los galos, que la muerte era esperada por ellos como la liberación de todos los males, como el momento ansiado de ir á reunirse en otro mundo mejor con todos los seres queridos que les habían precedido. La religión tiene por padre á Dios, por hijo á la fe, por instrumento á la intuición. ¡La fé, descendiente divino, sentimiento sublime, panacea universal; tú, nos das aliento para sufrir resignados tantos y tantos dolores como nos aquejan en este valle de lágrimas; tú, con una de tus chispas conviertes al ser abyecto en hombre bueno; tu fuerza misteriosa hace de una sencilla pastora una heróica: Juana d'Arc, testimonio fiel de lo que la fe puede en el hombre. Hoy la ciencia moderna llama alucinación á las voces misteriosas que te impulsaron á llevar á cabo tu empresa gigantesca. ¡Alucinación! Ved ahí el nombre que actualmente dá á todo aquello que materialmente no puede comprobar. Dios, la religión, la fe, la inmortalidad del alma, son un mito para ella. A sus creyentes, á aquellos que sostienen con tesón estos principios, les llama alucinados.

¡Una alucinación la fe! Decidme, fué un alucinado aquel sublime filósofo que predicó las grandes verdades del evangelio; que sufrió con santa resignación las iras de los que quería salvar, que derramó su sangre sobre los campos donde depositó la semilla del amor y de la fraternidad; que murió perdonando la ingratitud de los unos, el ódio y las burlas de los otros? ¿Fué una alucinación la que inspiró al mártir del Gólgota aquellas sublimes palabras que hoy ostentan con orgullo, como divisa en sus banderas grandes naciones? ¡Igualdad, Libertad, Fraternidad!

Además, si leemos la historia de Jesús, causa asombro el ver los rasgos de genio que desde su niñez se notan en él. ¿Es propio eso de su época? Nó. ¿En qué fuente bebió las sublimes teorías que con tanta elocuencia y sabiduría desarrolla? De humilde cuna, ¿es en su familia donde tomó ejemplo para ser tan grande? ¿Quien le alentó en su vida de sacrificios? Nadie. No es, pues, mucho más lógico y natural el creer que hay seres que nacen predestinados para una vida gloriosa, para llevar á cabo un acontecimiento importantísimo; que traen en sí, desde su nacimiento, una dósis de inteligencia y de abnegación suficientes para el triunfo de la idea, que el creer que la materia ciega é inconsciente, dé el impulso necesario á un hombre para que se muestre totalmente diferente de los demás, y esto justamente en la época en que por la perversión de costumbres de un pueblo hace falta un reforma-

dor de ideas? Habría, para admitir esto último, que conceder á la materia, inteligencia en su manera de obrar, de preparar el cerebro de un niño para desarrollar en él el sentimiento necesario á la época en que vá á vivir. Una materia inteligente no pueden admitirla los materialistas; para ello tendrían que aceptar una fuente de inteligencia: Dios.

¡O Ciencia, qué crímen tan grande cometes, queriendo destruir la fe en el corazón humano! Recibes en tu crisol un brillante de inestimable valor, lo analizas y devuelves al hombre un pedazo de carbón, diciendo: hé aquí lo que poseías realmente. ¿Puede este conocimiento reemplazar el capital perdido? Así destruyes las creencias del ser, sin haberte antes preocupado de crear algo que reemplace en él lo que le quitas! Si alguno trata de disuadirte, como un reto lanzas esta palabra en su rostro: *pruebas*. ¡Pruebas pides! las tenemos, podríamos dártelas, pero, ¿las comprenderías? Tomad á un niño, esplicadle la teoría de los colores; decidle, con el encarnado y el blanco se hace el rosa; el azul y el amarillo producen el verde; el rojo y el azul el violeta y el niño comprenderá vuestra explicación; ¡es tan sencillo! Traed sin embargo, al hombre más sabio, al de palabra más elocuente, y decidle que haga comprender á un ciego lo que es azul. ¿Creéis que obtendrá un resultado favorable? ¿Cómo es el color? dirá el ciego, ¿es redondo? ¿largo?—Nó, replicará el sabio; el color es impalpable.—Ah! ya comprendo, responderá aquél: es como el frío, el calor.—No.—¿Cómo la música? Qué contestar á esto! ¿No creéis que el sabio agotará toda su elocuencia sin lograr que el ciego comprenda lo que es color?

Para percibir los colores se necesita vista, para sentir la fe, intuición. El alma no es inexplicable para el hombre de fe, sinó incomprensible para el escéptico.

Mientras los sabios materialistas se abstengan de tomar á la intuición como auxiliar en sus investigaciones, multitud de causas les escaparán. Hoy choca esta palabra como hace un siglo hubiera llamado la atención el nombre de fonógrafo, teléfono, telégrafo, etc. Si á un sabio de entónces alguien le hubiera dicho que por un alambre podía comunicarse de América á Europa en algunos segundos, probablemente aquél le hubiera encerrado en un manicomio. Sin embargo, la electricidad existía, como existe hoy, pero el vulgo sólo percibía de ella los fugaces relámpagos que rasgando la nube tempestuosa, esclarecen un momento el horizonte, como hoy sólo ve de la intuición, los destellos que en cerebros privilegiados aparecen. Víctor Hugo, Shakespeare, Lamartine, Flammarión, poeta del espacio, Wagner, Bethoven; decidnos ¿es en medio de las pasiones y de las lágrimas donde concebis vuestras sublimes melodías? Hijas

de la materia y nutridas de materia, ¿podrían despertar en nosotros al escucharlas, este anhelo que sentimos hacia el infinito? No; busquemos su orígen en el alma, aunque tengamos para ello que merecer la desaprobación de los que mañana, al resultado de nuestras investigaciones, se verán forzados á aceptar y á aplaudir nuestra manera de proceder. Franklin, al colocar el primer para-rayo, fué objeto de las injurias de todos. Es un sacrílego, decían, desafía la cólera de Dios, pues quiere obligar con su invento, á que dirija los rayos según la voluntad del hombre.

Hoy los tiempos han cambiado mucho, es cierto; estamos en el siglo de las luces; se proclama á grandes voces la libertad de pensamiento; sin embargo, ¡guay! si alguno se atreve á pensar de diferente manera que la multitud! El que tal ose hacer, deberá armarse de evangélica paciencia para recibir las burlas de la sociedad en que vive, y los epítetos más ó menos significativos con que seguramente se pagará sus esfuerzos generosos en pró del adelanto humano. Si su valor no le permite afrontar una posición incómoda, tendrá que ocultar sus ideas en lo más íntimo de su alma, si no prefiere para mejor disfrazarlas, como sucede muchas veces, unirse al coro de los que, faltos de exámen de la materia, se entretienen en ridiculizarla. ¡Cuántas inteligencias mueren apenas nacidas, sofocadas por el medio ambiente que las rodea, temerosos sus poseedores de perder el título de personas cuerdas con que la sociedad les honra! Esperemos en el porvenir; nuestra causa es santa, y Dios está con nosotros. Una era de luz brillará, nuestro enemigo es fuerte, pero sus armas mal templadas por sus erróneas creencias que se fundan en la sola existencia de la materia, tienen que quebrarse ante el choque de las nuestras forjadas en el sólido yunque de la verdad. Perezca nuestro cuerpo, nuestra alma inmortal no muere en el combate, y con nuevas fuerzas siempre volverá á la lucha Sostengamos la fe en el hombre, pues la religión es su mayor consuelo.

Qué catástrofes, qué trastornos morales, qué corrupción de costumbres no ocasionó siempre en un pueblo la caida de la religión! Roma, ¿recuerdas la época de barbarie que la caída de tus ídolos te trajo? Y eso que una religión más sana y moralizadora vino á sustituirlos. ¿Qué resultaría si le arrebatasen al pueblo la suya hoy, para darle solamente el culto de la materia? ¡El triunfo de la anarquía, el hombre abandonado á sí mismo! No; esto no puede ser; la fe triunfará. Chateaubriand, ha dicho: «La religión es la defensa del alma como las armas son la defensa del cuerpo.» Hermanos, luchemos con denuedo; que nuestras armas sean la elocuencia persuasiva, el amor hacia todos los seres, y, sobre todo, tratemos de ahogar con nuestras virtudes los dicterios de insensatos que algunos nos prodigan. Proclamamos el imperio del alma

pues bien, hagamos prácticamente ver los beneficios de él. Seamos buenos. La virtud es una expresión de la fe: seamos caritativos, estudiosos, fuertes en la adversidad. Dejando á la Ciencia que busque, con sus instrumentos materiales, manifestaciones del alma; sigamos siempre á la intuición, hilo de Ariadna que por el laberinto de la vida nos conduce hacia Dios.

Enarbolemos con valor la sagrada divisa de los Maha-rajás de Benares, que hoy tiene como lema la Sociedad Teosófica:—*No hay religión más elevada que la verdad.*—La fuente de la verdad es Dios, seamos sus modestos y esforzados paladines.

FILADELFIA (M. S. T.)

¿QUÉ ES LA TEOSOFÍA?

SUS DOCTRINAS

(Conferencia traducida del francés y transcripta de la Revista Teosófica "Sophia")

(CONCLUSIÓN)

Reflexionad un instante: hé aquí un hombre criminal, un hombre santo, y un término medio que, ni es criminal, ni es santo. ¿Por qué estas diferencias entre estos tres hombres: el criminal, el santo y la medianía? Se reconocen estas diferencias desde la infancia, y no son, por consiguiente, producto de la educación. Hasta en la cuna, se encuentran diferencias entre los niños. Los caracteres no se parecen.

¿Quereis decirme si es posible que la justicia divina haya creado á un hombre criminal, á un hombre que es ruín, brutal, y que también haya creado á otro que es bueno, leal, sábio, justo, y que se sacrifica por sus semejantes? Esto no sería justicia; esto sería la injusticia suprema, y no es posible que la iujusticia se halle en el centro del Universo.

Por lo tanto, si los hombres no son creados distintos por la justicia divina, ¿de dónde procede la diferencia?

Vosotros veis en los distintos caracteres del hombre, el resultado de las experiencias que ha hecho la Naturaleza.

Vosotros veis, en sus defectos, todos los resultados de sus luchas contra la naturaleza animal, cuando la naturaleza animal ha triunfado del alma.

Vosotros veis en las cualidades elevadas y sublimes, el resultado de sus victorias, cuando el alma ha dominado al cuerpo y cuando las pasiones no han triunfado de sus poderes; es decir, que siempre en los caracteres del hombre veis el resultado de las vidas que han precedido á la vida presente.

Se renace muchas veces, los siglos se suceden á los siglos, y constantemente se está formando el carácter que será el del hombre futuro. *Pensando* más bien que *actuando*, es como se forma ese carácter. Meditando los pensamientos que son buenos ó los que son malos, los pensamientos de orden sensual ó los de orden espiritual, se forma, repito é insisto en ello, el carácter del hombre futuro; y es absolutamente necesario que este hombre tenga, á su nacimiento, el carácter que se ha creado para sí.

No son las acciones las que deciden de lo que seremos. Las acciones son el fruto del pensamiento. *Según se piensa, así se llega á ser.*

Hé ahí la ley natural, hé ahí la ley divina; lo que se piensa hoy, se es mañana. Aquello que se piensa en una vida, se es en la vida próxima; y Vosotros y Yo, en esta vida que corremos, en este momento, estamos creando nuestras vidas futuras, y entónces tendremos los caracteres que nos formamos hoy. Esta es la ley de Karma, es decir, la ley de adquisición. Es preciso que el efecto siga á la causa.

Si tengo pensamientos siempre bajos, siempre sensuales, es necesario que yo mismo sea sensual y bajo. Este es el Destino; pero *este es el Destino creado por uno mismo.* Si este es el Destino, se dirá: este Destino será nuestro Dueño; nó, porque el hombre puede siempre dominar al Destino, por ser él su creador.

Podemos proceder, considerando que hacemos lo que queremos; la voluntad es la que dirige la vida, una voluntad fuerte, positiva. A aquel que quiere una cosa, la Naturaleza le dá esa cosa que desea.

La generalidad de los hombres no desea nada. Quieren esto, quieren aquello; se figuran que piensan, pero en realidad, no piensan nada: recogen los pensamientos de los demás, repiten los pensamientos de otros. Cuando los hombres piensan de verdad y desarrollan su voluntad, entonces pueden sujetar á la Naturaleza; pueden ser lo que desean.

El pensamiento es quien tiene este poder creador; el *pensamiento* es un *ser*

viviente, un ser que procede del alma, que es el hijo del alma, y siempre tiene el alma sus hijos que son buenos ó malos, que son los pensamientos.

Se puede ver estos pensamientos cuando se penetra en el mundo astral. El iniciado y hasta el *medium* lo vén.

Voy á referir un incidente que tuvo lugar un día que un pensamiento se manifestó muy claramente á los ojos de un *medium.* «Hay un espíritu cerca de ese hombre» – dijo el *medium* designando una persona que estaba presente. La persona de quien se trataba, respondió que no conocía á nadie cuya descripción correspondiera á la hecha por el *medium;* de seguro no era ninguno de sus amigos. Pero después de algunos minutos de reflexión, exclamó: «Es el retrato exacto del héroe de una novela que acabo de escribir; la descripción conviene perfectamente á mi héroe, en el cual pienso siempre, y sin embargo, nadie ha leído mi novela, porque no está aún publicada». Más el *medium* había visto aquel héroe de la novela á través del pensamiento del autor, y le había podido describir exactamente, porque todos los pensamientos son verdaderas imágenes en el mundo astral.

Estos séres, hijos de nuestros pensamientos, habitan el mundo astral, y desde allí pueden influir grandemente en los hombres.

Ese pensamiento que sale de un cerebro humano y se convierte en un sér viviente, actúa á su vez en los cerebros de otros hombres é influye sobre éstos en buen ó mal sentido, según sea bienhechor ó maligno. Sabeis muy bien que hay ideas que se apoderan de una nación entera, ya sea la idea de alguna gran empresa, ó también, aunque no es muy elevada, la idea de alguna guerra sangrienta, ó la idea bienhechora de correr en socorro de otra nación desgraciada.

Cuando un pensamiento se reviste de materia astral y entra como ser astral en el mundo, todos los cerebros reciben este pensamiento, y si tenemos en nosotros mismos alguna cosa que sea similar á esta especie de pensamiento, entonces se agrava y aumenta nuestro propio impulso, llega á ser más fuerte y más irresistible que todo lo que aporta el pensamiento de otro.

Cuando se comprende bien que el pensamiento posee un poder semejante, se comprende también la responsabilidad humana, esa gran responsabilidad que tenemos todos, los unos para con los otros.

Permitidme, un instante, que explique un poco más ese poder del pensamiento.

Si tuviera yo misma un pensamiento injusto, un pensamiento de cólera, por ejemplo, aunque no hubiese durado más que un instante, y aunque yo le hubiere rechazado, desde el momento en que le hubiere concebido, este

pensamiento, convirtiéndose en un sér real, en un sér malhechor, iría, una vez separado de mí, á asirse á cualquier individuo perverso, también de este bajo mundo. ¡Se halla siempre en el camino de este mal pensamiento, algún alma criminal, algún alma débil, que reciba fácilmente las impresiones externas, contra las que no es muy fuerte su voluntad! Todos los pensamientos malignos hieren el alma débil, induciéndola hácia el mal; y yo también, por mi pensamiento injusto y criminal, he inducido al crímen á un alma ya dispuesta para él; y esta alma se ha hecho peor de lo que hubiera debido ser, si yo no hubiera pensado el mal.

Igualmente es esto verdad, respecto á los buenos pensamientos.

Todos los pensamientos de amor, de sacrificio y de verdad, viven en el mundo mental; y las almas se fortalecen con ellos, llegando á ser más grandes, más nobles, más sublimes, con toda esa nutrición espiritual que se esparce en la atmósfera.

Pensando, pues, se es útil ó nocivo. Los Santos y los criminales se asimilan los pensamientos de otros.

Así se obtiene en el mundo una fuerza para el bien ó para el mal; y cuando se comprende que esto no es una mera teoría, sinó que es una ley de la Naturaleza, entonces se adquiere la convicción del deber estricto y absoluto que tenemos, de pensar los más bellos pensamientos, los pensamientos más elevados. Por este mismo camino se llega á ser uno de los salvadores del mundo, que es el papel del hombre divino que se purifica, á fin de poder servir para salvar á la humanidad.

Pero no es solamente con los pensamientos que fluyen de nuestro cerebro, con lo que se tiene esta gran responsabilidad, respecto al mundo. Todo nuestro sér radia en rededor suyo, el bien ó el mal.

Los cuerpos físicos se componen de una innumerable cantidad de pequeñas vidas independientes.

Todos sabeis que en medicina se busca hoy constantemente el *microbio*.

Este es una vida, tan pequeña, que escapa á la percepción de nuestros sentidos, pero que existe, y es necesario comprender que los cuerpos físicos no son más que reuniones de estas pequeñas vidas, que vienen y ván incesantemente; que los cuerpos físicos nacen de esas reuniones, que cambian sin cesar.

Entre los cuerpos humanos y los cuerpos animales, entre todos los cuerpos existe siempre un cambio de esas pequeñas vidas. De estas vidas, unas vienen á nosotros y otras ván de nosotros á los demás; y este contínuo cambio nos liga á todos con el Universo entero. Estas pequeñas vidas permanecen en el

cuerpo por algún tiempo, y mientras que están en él, reciben la impresión del carácter del individuo, donde ellas se desarrollan, de sus pensamientos, de sus hábitos, de sus pasiones, de sus deseos y de sus emociones.

Estas pequeñas vidas, que vienen del exterior, que forman nuestro cuerpo, y que pasan en seguida á los cuerpos de otros, aportan siempre consigo las impresiones que hemos hecho sobre ellas, y las trasmiten á los otros cuerpos.

Pensad un instante en las consecuencias de este hecho. Si esas pequeñas vidas viven en mi cuerpo, y encuentran una vida física que no sea pura; si tomo alimentos impuros, tales como el alcohol ó la carne, esas pequeñas vidas, que viven en mi cuerpo, serán contaminadas por mi falta; si les doy por nutrición veneno y no alimento sano, entónces esas pequeñas vidas, saliendo de mi cuerpo y penetrando en otros, llevarán consigo toda la corrupción que habré impreso sobre ellas.

Así me habré convertido en un foco del mal.

Pero si mi vida física es pura y sana; si siempre domino al cuerpo, y si no tolero que el cuerpo domine al alma; si tengo gran cuidado de dar á esas pequeñas vidas lo que es bueno y no lo que es malo, me convertiré en un origen de bién físico, y de mí partirán constantemente efluvios purificadores. En la vida física, en la vida astral, en la vida mental, somos siempre hermanos que no podemos separarnos; la solidaridad es completa y absoluta.

Esto es un hecho natural que siempre es cierto, y aun cuando no creamos en él, no por eso cambiará nada de su esencia, porque los hechos no cambian porque se les ignore, ni las leyes naturales cambian por que los hombres las desconozcan.

Se comprenderá también que la Teosofía no es solamente una ciencia, sino que se relaciona asimismo con la moral.

La gran enseñanza de la Teosofía, es el amor fraternal entre todos los hombres.

¡La fraternidad universal! esta es la única creencia que exige la Sociedad Teosófica.

Podéis rechazar la doctrina de las Reencarnaciones; podéis rechazar la doctrina de la ley de Karma; podéis rechazar la existencia de los *Maestros*, en las cuales creemos nosotros; y á pesar de todo esto, podéis entrar en la Sociedad. Pero es absolutamente necesario aceptar la doctrina de la fraternidad universal. Esta es de rigor. Sin ella no se puede entrar en la

Sociedad Teosófica, porque nosotros buscamos la verdad por el amor. No queremos combatir siempre, queremos amar.

Así el teosofista se considera como hermano de todo lo que existe en el Universo: hermano de las cosas materiales, hermano de las cosas mentales, hermano de las cosas espirituales. En todas las religiones se dice: vosotros sois hermanos; por esto, no es necesario que luchéis los unos con los otros no es preciso que os odiéis, pero sí hace falta que os améis.

Y nosotros os decimos: hay Hindos, Buddhistas, Parsis y sectarios de otras cien religiones diversas; pero el espíritu del hombre es el mismo en todas: es único.

¿Por qué luchar por los dogmas? Las doctrinas no son más que los vasos de la inteligencia humana; y como el agua, que toma la forma de los vasos que la contienen, asi los dogmas se adaptan á los espíritus, quedando siempre la misma cosa.

La vida espiritual es eterna; las religiones son los vasos que dan la forman al agua; pero el agua es la misma en todas las religiones, y nosotros somos hermanos, no somos enemigos.

Así, la Sociedad Teosófica admite al Católico, al Judio, al Hindo, al Buddhista.

Jamás se pregunta: ¿A qué religión pertenecéis? Y sí únicamente: ¿Queréis ser hermano? ¿Queréis amar á vuestros hermanos? ¿Queréis considerar las verdades de un hermano, sin idea preconcebida, sin prejuicios?

Constantemente podemos aprender de los demás las cosas que no conocíamos. Repitiendo sin cesar lo que se sabe, no se llegará jamás á ser más sábio.

Para los cristianos, es una cosa buena leer las escrituras santas de los judíos; para los Hindos, el leer la Biblia de los cristianos. De este modo llegarán á ser todos verdaderamente hermanos; y las luchas religiosas serán cosas del pasado, y no del presente, porque en el fondo de todas las religiones espiritualistas, existe la *Religión* que es *una*. Ya os he dicho cuando comencé mi discurso, que podéis encontrar la Trinidad en todas las religiones.

¿Esto quiere decir, como pretenden los materialistas, que todas las religiones son falsas, porque se encuentren siempre las mismas cosas en ellas? No; esto es, por lo contrario, porque todas ellas son verdad en el fondo. Sus dogmas no son siempre verdaderos; pero el espíritu es siempre verdad: siempre desea el alma elevarse hácia la esencia divina.

¿Qué suerte espera al materialismo? No puede durar en la historia de hombre.

Si queréis leer la historia, veréis que el materialismo ha resucitado siempre, pero siempre ha desaparecido.

La religión tendrá su vida constante en la humanidad, porque el Espíritu es la parte inmortal del hombre. El espíritu siempre existe, y que se vele por la materia ó que olvide un orígen, cuando no puede pensar, siente y sabe por intuición, lo que no sabe por la inteligencia. Véase, pues, lo que es la Teosofía en religión, en filosofía y en ciencia.

En religión, es la expresión de las verdades esenciales de toda religión. En filosofía, enseña esa constitución compleja del alma, de la cual he hablado. En ciencia, presenta los estudios, las observaciones, y las experiencias, no sobre el cuerpo físico, sinó sobre el *cuerpo astral*, sobre el cuerpo del *deseo*, sobre el *cuerpo mental*.

Y así es cómo debe estudiarse para llegar á obtener la verdadera comprensión, á fin de que cada hombre se conozca y se eleve más y más al punto de vista espiritual, intelectual y moral, para constituirse un día en uno de los salvadores de la humanidad.

He hablado de los *Maestros*, en los cuales creemos.

¿Qué es un Maestro? Es un hombre que ha llegado á ser divino, en el cual el Espíritu divino, desarrollado, ha dominado el cuerpo, la inteligencia, todas las pasiones y deseos; y nosotros le llamamos Maestros, porque es Maestro en todo.

Pero vive en el mundo. ¿Para qué? Para ayudar al mundo.

Cuando el hombre se ha desarrollado de esta manera suprema, entonces se le presentan dos senderos para escoger.

Allí está el sendero de la liberación: el alma inmortal rechaza al cuerpo, se dirige hacia las esferas espirituales, y no vuelve más á la tierra: es libre para siempre. El hombre se ha hecho un ser divino, ha triunfado.

Pero allí está también otro sendero que no es el de la liberación; este se llama la *vía de renunciación*. Entonces el alma divina es también libre, pero dice: no quiero ser aún libre, porque la humanidad está todavía encadenada; no quiero dejar la tierra, porque la humanidad lucha y sufre. Es cierto que yo sé todo; pero el mundo es ignorante, y si yo he encontrado la sabiduría, es con el fin de poner término á la ignorancia del mundo. Es verdad que he llegado á ser puro y fuerte; pero lo he alcanzado con el objeto de que el mundo llegase también á ser fuerte y puro, y no quiero aún separarme del mundo material, hasta la hora en que todos los hombres participen de mi poder, pues yo soy hermano de los hombres, y no quiero dejarlos en la ignorancia y la miseria.

Este es el *Maestro* que se consagra al mundo. Esta es el alma que puede ser libre, pero que soporta todavía sus cadenas, con el fin de que el mundo entero llegue á ser libre, de aquí hemos aprendido nosotros esta lección de solidaridad humana.

Sí; el cuerpo y la inteligencia, actuarán constantemente sobre sus semejantes; lo que se posee, no se tiene para uno mismo, lo que se gana, no se gana para uno mismo. Si se tiene sabiduría, pureza y todos los demás poderes del alma, esos poderes pertenecen á la humanidad entera, y no al individuo que los ha recogido.

Así, la última lección de la Teosofía es ésta: Vosotros no poseeis nada para vosotros mismos, absolutamente nada. Los dones espirituales, intelectuales y físicos que poseéis, son todos para la humanidad, todos los habeis adquirido para el género humano.

Si sois fuertes, habeis de emplear vuestra fuerza en provecho de los débiles. Si sois sabios, habréis de trabájar en provecho de los ignorantes, por la grandeza de la humanidad.

En los servicios que puede prestar á sus semejantes, es en lo que se conoce al verdadero Teósofo; y para llegar á ello, no es necesario comprender la Teosofía, no es preciso comprender el sentido de esta Ciencia. La Ciencia es una gran cosa; pero el amor es mayor que la filosofía y más que la ciencia el hombre debe estar al servicio de la humanidad.

Siendo grande, se puede prestar más servicios que siendo pequeño; y *ser grande en la humanidad, es poder dar á los demás*, porque el espíritu divino da siempre, jamás pide, es como el sol que brilla para todo el mundo y que no pide luz para sí.

ANNIE BESANT.

EN QUÉ CONSISTE LA VERDAD?

Cuando Pilatos preguntó á Jesús: ¿Qué es la verdad? éste no respondió El silencio de Jesús en esta y en otras circunstancias, no ha impedido sin embargo á aquellos que se proclaman actualmente sus discípulos, obrar como si de él hubiesen recibido la verdad última y absoluta. Ignoran que las pa

labras de sabiduría que se les ha dado no contienen sino una parte de la verdad que ha quedado escondida en parábolas oscuras, aunque de incomparable belleza.

Con tal sistema el dogmatismo se ha desenvuelto gradualmente en las iglesias, en las ciencias y por todas partes Una apariencia de verdad, oscuramente percibida en las regiones de lo abstracto, como la que se deduce de las observaciones y experiencias en el régimen de la materia, ha sido impuesta bajo forma de revelación divina y de datos científicos á la multitud demasiado ocupada para pensar por sí. Pero desde Pilatos hasta nuestros días, la cuestión de saber si un grupo cualquiera de hombres puede poseer la verdad absoluta, ha quedado siempre en pie; nuestra razón nos dice que ello no es posible. En el mundo finito y condicionado en el que el hombre se encuentra, la verdad absoluta no existe sobre ningún sujeto; no hay sino verdades relativas sobre las cuales debemos basarnos lo mejor posible.

En todos los tiempos ha habido sábios que alcanzaron á la verdad absoluta y que sin embargo no podían enseñar sino verdades relativas, pues en nuestra raza nadie puede dar á otro la verdad total y final, que cada uno tiene forzosamente que encontrar por sí mismo y en sí mismo. Dos almas no son idénticas y por eso la luz suprema debe ser recibida por ellas mismas y no por intermedio de otra, según su capacidad. El más grande de los Adeptos (1) no puede revelar de la verdad universal sino tanto cuanto de ella se es posible asimilar. El sol es uno, pero sus rayos son innumerables, y su efecto es benéfico ó maléfico, según la constitución y la naturaleza de las cosas que los reciben. Cuanto más elevada es nuestra conciencia, más podemos impregnarnos de verdad. Pero la conciencia humana es como la flor: puede girar su faz hacia el lejano luminar, las raíces la mantienen unida al suelo y la mitad de su vida se pasa en la oscuridad. Sin embargo, sobre esta misma tierra, cada uno de nosotros puede alcanzar relativamente el sol de la verdad y asimilarse los rayos más calientes y más directos, á pesar de la alteración que sufren á través de las partículas físicas del espacio. Hay dos métodos para llegar allí.

Sobre el plano físico podemos emplear nuestro polarizador mental, analizar cada rayo y escojer el más puro. Para alcanzar el sol de la verdad sobre el plano espiritual, debemos trabajar de una manera absolutamente séria. Sabemos que paralizando gradualmente los deseos de nuestra personalidad inferior (voces de nuestra alma puramente fisiológica que depende de su

(1) Hombres que han alcanzado su mayor desarrollo espiritual.

vehículo: el cerebro físico) el hombre animal en nosotros puede dar lugar al hombre espiritual; en este caso, los sentidos y las percepciones espirituales, una vez puestos en movimiento, se desenvuelven simultáneamente; y es esto lo que los Grandes Adeptos, los Yoguis del Oriente, hacen todavía en la actualidad. Antes de que pueda llegar á ser dueño de una verdad absoluta, el hombre debe conocerse á sí mismo y obtener las percepciones interiores que no engañan jamás.

La verdad absoluta es el símbolo de la eternidad, y como ningún pensamiento finito comprende lo eterno, ninguna verdad perfecta podría desenvolverse en ese pensamiento finito.

Es posible que se diga: «Desde que la comprensión de la verdad absoluta es tan difícil, contentémosnos, pues, con verdades relativas. Seguramente muchas personas hablarán así; pero aún para aproximarse á la verdad terrestre, la primera cosa necesaria es el amor de la verdad misma, sin lo cual no se conseguirá ninguna cognición.

Pero, ¿quién, en nuestro período, ama así á la verdad? ¿Cuántos entre nosotros están prontos á buscarla, á aceptarla y á seguirla, en un medio social donde todo lo que se llama éxito está basado sobre apariencias, no sobre la realidad, sobre convenciones y no sobre un valor intríseco? No ignoramos los obstáculos que allí se encuentran. La verdad divina no puede descender sino sobre una alma imparcial, sin prejuicios, lo que raramente se vé en nuestros países civilizados. En nuestro siglo de vapor y de electricidad el hombre vive con velocidad prodigiosa que le deja apenas el tiempo de reflexionar, y pasa de la cuna á la tumba atado al lecho de tortura de las conveniencias y de las habitudes. El «convencionalismo» no es otra cosa que el simulacro del sentimiento, y por consecuencia no es la verdad. Lord Byron decía muy bien que esta se encontraba á una gran profundidad mientras que en la superficie todo era pesado por la balanza falsa de las costumbres. Aquellos que viven en medio del «convencionalismo» saben bien que á pesar de su más ardiente deseo, no se atreven á aceptar la verdad por miedo al feroz Moloch llamado «Sociedad».

Echemos, por todas partes, una mirada alrededor de nosotros: en la sociedad moderna, en la política moderna, en las religiones modernas, y en la vida moderna entera: observad la manera de proceder de todos los centros de civilización en los diversos países, allí donde el hombre blanco ha introducido su llamada civilización, y decid dónde está ese Eldorado de felicidad en el que la verdad es recibida como un huesped honrado, y en el que la mentira y la falsedad son tratadas como enemigas? ¿Podríais nombrarle? «Yo quiero

la verdad», gritaba Carlyle, «y no la mentira! ¡Que los cielos me aplasten si un país de estupidez celeste es la recompensa de la falsedad!» ¿Pero quién, en nuestro siglo, osaría hablar como Carlyle? ¿La mayoría de los hombres no prefieren la pereza y el egoismo frio, en los que creen encontrar la verdadera Jauja?

El egoismo, hijo de la ignorancia, es el resultado de la creencia de que para cada niño nacido es creada una nueva alma, separada, y distinta del alma universal. Este egoismo forma la gran barrera entre el Yo personal y la verdad;—es la madre de todos los vicios; la mentira nace de la necesidad de disimular, y la hipocresía proviene del deseo de enmascarar una mentira. Es el cáncer que crece, roe y destruye todo sentimiento noble. El egoismo mata toda aspiración elevada de nuestra naturaleza y ese egoismo es la sola divinidad que no tiene que temer ser renegada por sus discípulos; reina, por consecuencia, en nuestro mundo de conveniencias, en aquel que llamamos: mundo respetable.

Pasad en revista de arriba abajo á la sociedad: por todas partes el egoismo y la falsedad están en acción por el Yo bien amado; hipocresía y falsedad en cada individuo, hipocresía y falsedad en cada Nación. En el primer caso se ha convenido llamarlas virtudes domésticas; en el otro, patriotismo, aspiraciones nacionales. ¿Si el diplómata obtiene por engaño, astucia y mentira, lo que no puede obtener por la fuerza, debemos por esto aplaudirle? No es sino por su habilidad y no según la verdad que este diplómata consigue ventajas para su país, ventajas, por otra parte, que las procura en detrimento de un país vecino. Cada clase de la sociedad está basada sobre una mentira y sin esta mentira caería en ruinas. Las clases elevadas se sirven de ella para ocultar lo que llaman pecadillos y que nosotros llamamos grosera inmoralidad. Las clases medias están saturadas de falsas sonrisas, de falsas palabras. El amo vá á la misa para engañar á sus sirvientes, el cura predica lo que no cree, se inclina ante su obispo y éste ante su Dios. Los diarios engañan á sus lectores y aún la ciencia ha cesado de presentar los hechos tales como son; los hombres de ciencia prefieren ante todo imponer sus teorías é ideas personales á fin de añadir brillo á su nombre y aumentar su gloria. Un hombre científico es tan energúmeno para combatir testimonios que destruyan las hipótesis científicas del día, como el sacerdote para combatir la geología moderna y para tratar de mentira á la evolución.

La mentira está de tal manera arraigada, que nuestra misma cronología nos fuerza á mentir, pues la manera de contar nuestras fechas, sea antes sea después del Cristo, aceptada por Judios, Paganos, Cristianos, Ateos, Gnósticos,

etc., es una mentira basada sobre otra mentira. ¿Dónde, pues, podemos encontrar ni la misma verdad relativa? Ya en el siglo de Demócrito aparecía bajo la forma de una diosa acostada en el fondo de un pozo profundo, tan profundo que ella tenía pocas probalidades de salir de allí.

Lo que nosotros, miembros de la Sociedad Teosófica, debemos hacer, es ceñirnos extrictamente á nuestra divisa: *¡No hay religión más elevada que la verdad!* No debemos reconocer como verdad lo que fácilmente es reconocido como mentira en práctica. Sin embargo, aceptemos en nuestro seno miembros de todas las creencias. La Teosofía es el saber divino y el saber es la verdad; cada hecho verdadero, cada palabra sincera, forma una parte de la Teosofía. Aquel que conoce la alquimia divina, ó aún aquel que no posee sino una percepción aproximativa de la verdad, reconocerán á esta en los datos erróneos tan bien como en los datos correctos. Porque la cantidad de oro extraida de un montón de materias inútiles sea pequeña, no es por eso menos preciosa.

Algunas veces es tan útil saber lo que una cosa no es, como saber lo que es. Cada filosofía y cada religión, por incompletas y ridículas que sean en apariencia, están basadas sobre un fondo de verdad; nosotros las comparamos, las analizamos y discutimos las enseñanzas que están en ellas contenidas. Tenemos siempre que escojer entre los dioses que se encuentran del otro lado de ese diluvio que ha sumerjido las facultades del pensamiento y el saber divino, y los dioses de los hábitos y de la mentira social, y ciertamente la filosofía que tiende á disminuir los sufrimientos humanos en vez de aumentarlos, tiene que ser la mejor.

Para concluir diremos: Fuera de una cierta condición elevada y espiritual del alma, por la cual el hombre es uno con el alma universal, él no puede obtener sobre esta tierra sino verdades relativas de cualquier religión ó filosofía que sea; y aún, si la diosa que se encuentra en el fondo del pozo saliese de su prisión, no podría dar al hombre más de lo que él pudiera asimilarse. Mientras tanto, cada uno de nosotros puede quedar en las orillas de ese pozo llamado el saber y mirar en sus profundidades, esperando ver en sus sombrías aguas el reflejo de la imagen de la verdad. Sin duda el investigador paciente podrá apercibir de tiempo en tiempo el vago reflejo de alguna verdad, pero que tenga cuidado, el filósofo no descubrirá allí sino el de su propia forma.

Para evitar tal calamidad, trataremos de no promulgar verdades que no sean sino reflexiones de nuestros propios cerebros. Queremos ser liberales y nos oponemos á la santurronería y á la intolerancia que terminan en el

sectarismo. Pero dejando la mayor latitud á nuestros adversarios, estos no pueden abrigar la esperanza de encontrar el reflejo de sus figuras en las aguas límpidas de la filosofía.

En lo que concierne á las convicciones profundas y espirituales del verdadero Teósofo, ellas no son sometidas á la discusión pública; cada uno conserva este tesoro profundamente encerrado en los pliegues más secretos de su alma. Tales convicciones, tales creencias, no deben ser divulgadas y profanadas por la mano ruda del público indiferente ó puramente crítico. Ciertas verdades teosóficas pasan los límites de la especulación y deben, por consiguiente, quedar escondidas á la vista pública, pues la evidencia de las cosas que no son ni vistas, ni entendidas, ni sentidas, no constituye la evidencia sino para aquellos que pueden verlas, entenderlas y sentirlas. Un rayo de la verdad absoluta no podría reflejarse sino en un espejo puro, hecho de su propia llama y esta llama en nosotros es nuestra conciencia más elevada. «La luz resplandece en las tinieblas, pero las tinieblas de la ilusión no la perciben».

H. P. Blavatsky.

UN FRAGMENTO DE «ZANONE» (1)

La arrogancia del hombre está en proporción de su ignorancia. La tendencia natural de todos es el egoismo. El hombre, en la infancia de la ciencia, piensa que la creación entera ha sido hecha para él, y durante una larga série de siglos, en las innumerables estrellas que centellean en el espacio, como las olas deslumbrantes y adiamantadas de un Océano sin riberas, no ha visto sino mezquinos luminares, antorchas banales que la Providencia se ha cuidado de encender para hacerle la noche más agradable. La astronomía vino á corregirle de esta ilusión de su vanidad, y el hombre confiesa hoy que las estrellas son mundos mucho más grandes y más gloriosos que el suyo, y que la

(1) Tradución del francés.

tierra donde se arrastra es un punto apenas visible sobre el vasto mapa del Universo?

Pero, en lo infinitamente pequeño, como en lo infinitamente grande, Dios es igualmente pródigo de vida. El viajero vé el arbol y piensa que sus ramas han sido creadas para darle abrigo contra el sol de estío ó fuego contra los fríos del invierno. Sin embargo, de cada una de sus hojas el Creador ha hecho un mundo donde hormiguean infinidad de razas; así como cada gota de agua es un globo más poblado que un reino humano. Por todas partes, en este inmenso plano, la ciencia descubre nuevos tesoros de vida.

La vida es el principio que absorve y llena todo: aquello que parece morir y se corrompe, no hace sino engendrar una nueva vida que anima bajo otras formas á la materia.

Razonando, pues, por analojía, si la más ínfima hoja, si la más imperceptible gota de agua, es en igual grado que la estrella, un mundo viviente y habitado; más, aún, si el hombre mismo es un mundo para otras vidas, si séres vivientes por miriadas y por millones pueblan los canales por donde corre su sangre, y habitan el cuerpo humano como aquél habita la tierra, el sentido común (si vuestros sábios de escuela estuviesen dotados de él) bastaría para enseñar que el infinito ambiente que llamais el espacio, lo impalpable sin límites que separa la tierra de la luna y de las estrellas, desborda también y hormiguea de su vitalidad propia y particular.

¿No hay un absurdo visible en suponer que el sér está condensado sobre la más pequeña hoja y ausente de la inmensidad del espacio?

La ley del gran sistema no admite que un átomo se pierda; ella no conoce punto alguno donde no respire un ser viviente. La tumba misma es la cuna de la producción. Siendo esto, como es, verdad; ¿podeis concebir que el espacio, que es el infinito mismo, sea lo único desierto, lo único vacío, lo único inanimado y menos útil, por consiguiente, al plano de la vida universal, que lo que lo son los restos descompuestos de un animal, la hoja con su población sin número, la gota de agua con sus enjambres vivientes?

Si el microscopio nos muestra los habitantes de la hoja, no se ha descubierto todavía un tubo mecánico capaz de poner al alcance de nuestros sentidos los séres más puros y más nobles que pueblan los libres espacios del aire; y sin embargo, entre estos séres y el hombre existe una misteriosa y terrible afinidad. Ved porqué las tradiciones y leyendas, en parte falsas pero también en parte probadas, han enjendrado la creencia en las apariciones y en los espectros. Estas apariciones eran más familiares á las razas primitivas y simples que lo que lo son á los hombres de vuestro siglo grosero, simplemente

porque los sentidos, entonces, eran más delicados y más sutiles. El salvaje distingue y olfatea á distancias prodigiosas los rastros de un enemigo, inapercibibles para los órganos obtusos del hombre civilizado; y ya entre él y las criaturas del mundo aéreo el velo es menos espeso y menos oscuro. ..... Me escuchas?

—Con toda mi alma.

—Pero, primeramente, para levantar ese velo, el alma con la cual escuchais tiene necesidad de ser retemplada con el entusiasmo y purificada de todo deseo terrestre. No ha sido sin razón que aquellos á quienes se ha llamado magos, en todo tiempo, en todo país, han prescrito la castidad, la contemplación y el ayuno, como fuentes de toda inspiración. Cuando el alma se encuentra así preparada, la ciencia puede venir á ayudarla, la vista se hace más penetrante, los nervios más sensibles, el espíritu más activo y más despejado; el elemento mismo, el aire, el espacio, se vuelve, por ciertos procedimientos de la alta ciencia, más palpable y más distinto. Y esto no es la magia, como lo piensa el vulgo crédulo. La magia (ó la ciencia que hace violencia á la naturaleza) no existe. Es la ciencia que *domina* á la naturaleza.

Hay, pues, en el espacio millones de séres, no precisamente espirituales, porque todos tienen, como los animalillos invisibles al ojo desnudo ciertas formas materiales, pero de una materia tan ténue, tan sutíl, tan delicada, que ella no es, por así decir, sino una envoltura impalpable del espíritu, más fina y más ligera mil veces que esos hílos aéreos que flotan y brillan á los rayos del sol. De ahí es que vienen esas encantadoras creaciones de los Rosa-Cruces, las sílfides y los gnomos.

Sin embargo, entre esas razas y esas tribus diversas, hay diferencias más notables que entre el Griego y el Kalmuko: siendo distintos sus atributos, su potencia también difiere. ¡Ved en la gota de agua qué variedad de animálculos! cuántos son formidables colosos! algunos, en tanto, son átomos en comparación de los otros. Lo mismo sucede con los habitantes de la atmósfera: los unos tienen una ciencia suprema, los otros una malicia horrible; los unos son hostiles al hombre, como demonios, los otros, en cambio, son dulces y benévolos como mensajeros y mediadores entre el cielo y la tierra. Aquel que pretende entrar en relación con estas diversas especies, se asemeja al viajero que quiere penetrar en tierras desconocidas, y está expuesto á extraños peligros, á terrores que no puede suponer.

Una vez establecida la comunicación con ellos, yo no puedo protejerte contra los resultados á los cuales tu viaje está expuesto; ni puedo dirijirte hacia senderos li-

bres de las incursiones de los enemigos más encarnizados. Solo y por tí mismo, te es necesario desafiar todo y aventurarte á todo.

. . . . . .

. . . . . .

BULWER LYTTON.

LA CIENCIA FUTURA (1)

Ha tocado á nuestra generación presenciar el encuentro de dos poderosas corrientes que, en el mundo intelectual, se penetran y se influencian actualmente, dejando entrever la época cercana en que confundidas en una misma dirección, se elevarán magestuosamente unidas hacia la verdad.

Una es el fruto de nuestras civilizaciones occidentales; la otra nos llega del fondo del oriente, como descendiendo, ya de revelaciones supra-humanas, ya de civilizaciones hace largo tiempo desaparecidas.

En efecto, por una parte la física, la química, la astronomía y la historia natural, han sido inducidas por sus observaciones y sus cálculos á considerar de más en más probables la unidad de la materia, la unidad de la fuerza y el perfeccionamiento por evolución, ó sea la *gerarquización* de la materia y de la fuerza, cosas todas sostenidas por las doctrinas esotéricas de los filósofos de la antigüedad.

« Del lado de la teoría pura, decía recientemente M. Cornu, (2) se anun-
« cian grandes resultados: los geómetras continuadores de Ampère, Poisson,
« Fournier, Ohm, Gaus, Helmholtz, Thompson y Maxvel, que tanto han
« contribuído á relacionar la electricidad con las leyes de mecánica, pre-
« paran una síntesis grandiosa que hará época en la historia de la filosofía
« natural; están por demostrar que los fenómenos electro-magnéticos y los
« fenómenos ópticos obedecen á las mismas leyes elementales, siendo sólo
« dos manifestaciones de movimiento de un mismo mediador: el éter; así

(1) Traducido de *Les Etats profonds de l'hypnose*, del *Coronel Alberto de Rochas*.

(2) Asociación francesa para el adelanto de las ciencias. (Congreso de 1890). Discurso del Presidente.

« es que los problemas de óptica podrán resolverse con ecuaciones de electro-
« magnetismo. Bajo el punto de vista experimental se ha llegado á resultados
« llenos de promesas: la velocidad de la luz obtenida por los métodos ópticos
« se puede determinar también por medidas puramente eléctricas, y después
« de las ruidosas experiencias de M. Hertz, todo hace creer que la identifica-
« ción experimental de las descargas eléctricas y de las ondulaciones lumi-
« nosas es un hecho consumado, y si aún faltan pruebas decisivas, se puede
« decir que, en el espíritu de los físicos, falta poco para que se defina riguro-
« samente la estrecha relación que existe entre la electricidad y la luz. »

Por otra parte, mientras descubrimos diariamente fenómenos eléctricos que no caben ya dentro de las teorías clásicas, (1) las ciencias llamadas ocultas, hasta este momento casi completamente abandonadas á las divagaciones de los místicos ó de la explotación de los charlatanes, empiezan á revelar una parte de sus secretos á aquellos que se aventuran á introducir en ellas los métodos lentos pero seguros, de la ciencia positiva. ¿No es ya un progreso inmenso haber visto proclamar oficialmente, y de una manera magistral, la necesidad de su estudio, en el último Congreso de la Asociación Británica para el adelanto de las ciencias, po.' Mr. Lodge, Presidente de la Sección de Ciencias Matemáticas y Físicas.

« La conservación de la energía ha llegado á ser un lugar común; la rela-

---

(1) En un discurso pronunciado el 13 de Noviembre de 1891, en el banquete de la Sociedad de Electricistas, M. Crookes, se expresaba así:

Los fenómenos de la electrólosis no son todavía bien conocidos y coordenados; sin embargo, lo que de ellos sabemos nos hace ver la posibilidad de que *la electricidad es atómica, y que un átomo de electricidad es una cantidad tan exactamente definida como un átomo químico*..... se ha calculado que un solo pié cúbico del éter que llena el espacio, contiene en estado latente 10.000 toneladas de energía, que hasta ahora habían escapado á nuestras observaciones. Apoderarse de ese tesoro y someterlo al servicio de la humanidad, tal es la tarea que se ofrece á los electricistas del porvenir. Investigaciones recientes me hacen esperar con fundamento que tan vastos receptáculos de fuerza no se encuentran en modo alguno fuera de nuestro alcance..... El profesor Tesla, produciendo corrientes alternativas de extrema frecuencia, ha logrado ya llevar al estado de incandescencia el filamento de una lámpara, por inducción á traves del vidrio, y sin ligarla por conductores á la fuente de electricidad. Ha hecho más: *ha iluminado una pieza entera poniéndola en condiciones de hacer funcionar, sin contacto eléctrico, un foco de alumbrado colocado indistintamente en cualquier parte de ella.* . . . . . .

. . . . . .

«Las vibraciones lentas á que he hecho alusión nos revelan todavía un hecho sorprendente: *la posibilidad de establecer telégrafos sin hilos, postes ni cables, ni ninguna de las tan costosas instalaciones actuales.*»

Y finalmente, si recordamos los experimentos de M. Elihu Thompson, que con ayuda de las mismas corrientes alternativas, *ha podido producir á distancia movimientos considerables en un cuerpo cualquiera buen conductor de corrientes inducidas de la misma naturaleza*, en un porvenir más ó menos lejano ya no se considerará ciertamente como improbable la explicación natural de la TELEPATÍA, de la LEVITACIÓN y de los FENÓMENOS LUMINOSOS producidos por los mediums.

« ción entre la vida y la energía no ha sido comprendida todavía. La vida « no es energía y la muerte de un animal no afecta en lo más mínimo la suma « de energía; sin embargo, un animal vivo ejerce sobre ella una acción « que no ejerce cuando está muerto. La vida es un principio dirigente al « que todavía no se ha hecho lugar en los dominios de la física, y si la trans- « ferencia de energía se explica por el cumplimiento de un trabajo, su « dirección no exije ninguno; no exije sino fuerza. ¿Cuál es esta fuerza y « de qué modo se sirven de ella los seres vivientes? ¿La totalidad de cosas « por las cuales debe admitirse que están guiadas las acciones, no encierra « acaso tanto al futuro como al pasado; y no serán vanas nuestras tentativas « para deducir hechos, únicamente del pasado? ¿De qué manera puede la « materia ser trasladada, gobernada y descompuesta por los seres vivientes? « ¿Cómo se ejerce la potencia directriz que determina los acontecimientos?. .

. . . . . .

. . . . . .

« En resúmen, ¿cómo actúa la fuerza y en qué consiste? Cuestión es esta « que no puede plantearse de una manera inteligible, salvo para los qne ya « la han estudiado y meditado. Sin embargo, yo me atrevo á decir que hay « allí algo que la física ortodoxa no ha previsto, porque no es completa, y « en el sentido que indico son posibles grandes progresos. Pero vamos « más lejos todavía. ¿Por medio de qué mecanismo se efectúa el gasto de « fuerza, determinado por un acto de nuestra voluntad? ¿No existirá tal « vez alguna laguna en nuestros conocimientos relativos á la idea consciente « de un movimiento y á la energía muscular necesaria para su producción? « Y si así fuese, ¿cómo sabremos si un cuerpo puede ó nó, ser puesto en « movimiento por un acto de voluntad, sin el contacto material á que estamos « habituados?

« Y sobre todo, hay que convenir en que el descubrimiento de un nuevo « medio de comunicación á través del éter, no es en manera alguna incom- « patible con el principio de la conservación de la energía, ni con ninguno « de nuestros conocimientos actuales, y no es dar prueba de sabiduría ne- « garnos al exámen de los fenómenos, porque nos parezca estar seguros de « su imposibilidad; como si nuestro conocimiento del universo fuese com- « pleto.»

« A menudo se dice, aunque á veces sin convicción, que lo que sabemos « es nada, en comparación de lo que ignoramos. Sin embargo, en mi opinión, « esto es una gran verdad, y querer impedir el estudio de problemas semi- « resueltos ya, es engañar la fe de aquellos que han luchado por el derecho

« del libre exámen; es hacer traición á las más legítimas aspiraciones de la « ciencia. »

Sin embargo transcurrirán muchos años antes que los hábitos formados po- nuestra educación científica dejen tomar impulso á estos nuevos estudios, pues á medida que los conocimientos humanos se amplian, van aplicándose á fenómenos cada vez más difíciles de reproducir.

La física de los antiguos estaba constituida casi únicamente por el estudio de los efectos derivados de la elasticidad del aire y de las condiciones de equilibrio de los sólidos, y nadie se hubiera atrevido á poner en duda afirmaciones tan fácilmente comprobables. Bastaba la palabra del maestro. Y siempre ha sido así mientras se caminaba paso á paso en un terreno firme y consistente; pero henos aquí llegando al límite del dominio de las fuerzas bien definidas, y la gruesa falanje de los estratéjicos del espíritu hesita antes de aventurarse en un suelo movedizo, temerosa de caer en el abismo.

No hace mucho tiempo que ha dejado de considerarse la existencia de los aereolitos como una fábula, lo mismo que los relámpagos esféricos, se sabe también la acojida que el Dr. Bonillard hizo al fonógrafo; las experiencias de Hertz son todavía contestadas, y en cuanto á ciertos descubrimientos de Zoellner, de Crookes y de Gibier, antes que aceptarlos, se ha preferido atribuír una candidez grotesca á hombres á quienes sus demás trabajos debían poner á cubierto de semejante injuria. En fin, los mas aventurados encuentran una explicación universal y cómoda en la sujestión, que la academia de Bélgica no se atreve á reconocer todavía.

Por otra parte, es perfectamente explicable la desconfianza de ciertos pontífices de la ciencia oficial, hácia otra ciencia, que si no trastorna todos sus tan penosamente adquiridos conocimientos, por lo ménos les enseña, en el ocaso de la vida, un terreno nuevo, donde deben resignarse al rol de simples estudiantes.

« Limítrofe á la vez con la física y con la psicología, esta región intermediaria entre la energía y la vida, entre el espíritu y la materia, linda al norte « con la psicología, al sud con la física, al este con la psicología, y al oeste « con la patología y la medicina. Un psicólogo que tratase de introducirse á « tientas en ella, se transformaría en metafísico. Si es un físico el que se aventura á penetrar, se estravía y se convierte en objeto de repulsión por parte « de sus antiguos colegas. Los biólogos la miran con malos ojos y niegan su « existencia; y algunos médicos prácticos, después de haber observado largo « tiempo una actitud hostil, principian á anexar una parte de su frontera occi-

« dental. Todo el país parece habitado por salvajes, apegados todavía á grose-
« ras supersticiones, según lo que se puede colegir de léjos.

« Quizás algunos viageros audaces, lo hayan atravesado apresuradamente,
« levantando un plano imperfecto de él, pero sus descripciones son poco dig-
« nas de fe.» (1)

Sin embargo, reclamamos esta fe, nosotros los que, desafiando los prejuicios, osamos penetrar como guías, á nuestros riesgos y peligros, en esas brumosas regiones, sembradas de escollos, donde los sentidos ordinarios no nos bastan ya para orientarnos. Pero no pedimos una fe ciega, sinó una fe provisoria, análoga á la que se concede á los historiadores, á los viageros y á los naturalistas, respecto de hechos de que han sido testigos y que, como nosotros, pueden haber visto ó interpretado mal, así como para las informaciones obtenidas de los indígenas que han podido engañarse ó engañarlos, del mismo modo que nuestros sujetos pueden alucinarse ó inducirnos en error.

Que no se exija pruebas absolutas é irrefutables; no podrían existir tratándose de fenómenos que no dependen de nosotros, y que sólo se producen en circunstancias no determinadas aún.

Aquel que rechace á priori nuestras observaciones, se parecería á un hombre que negase á César, porque no le ha visto; á la electricidad, porque, en tiempo húmedo, no ha podido sacar una chispa de la máquina; ó á la armonía, porque su oído es incapaz de distinguir una consonancia de una disonancia.

Cada ciencia y hasta cada período de ciencia tiene procedimientos de investigación que le son peculiares; el fisiólogo, que estudia la vida de las flores y de las hojas de un árbol, emplea un método distinto que el mecánico que experimenta la resistencia del tronco.

Los físicos que con sustancias inertes, han construido galvanómetros que constatan ciertos modos de vibración del éter causados por el contacto de otras sustancias inertes, deben también habituarse á considerar el sistema nervioso de nuestros hiperestesiados como un instrumento nuevo, propio para registrar otros modos de vibración del éter, debidos á la acción de un organismo vivo sobre otro, y á la mas delicada aún, del pensamiento sobre el organismo.

Este instrumento lo conocemos muy mal; su sensibilidad misma lo hace de empleo difícil é incierto; pero esos son obstáculos que se encuentran en los albores de todas las ciencias.

---

(1) Lodge l. c.

« Al principio, siempre las cosas parecen misteriosas. Un cometa, el rayo, « son otros tantos fenómenos misteriosos para quien por primera vez los vé. « Pero viene la antorcha de la ciencia y entónces se encuentran sus relaciones « con otros fenómenos ya conocidos, y dejan de ser anomalías, y si todavía « cierto misterio los rodea, es el mismo que envuelve á los objetos más « familiares de la vida diaria.

« Conducidas al azar, las operaciones de un químico no serian más que « una mezcla confusa de efervescencias, de precipitados, de cambios de color « y de naturaleza; pero guiadas por la teoría que agrupa y coordina los hechos, « esas operaciones se hacen intelijibles, y hasta las explosiones que llegan á « producirse, son susceptibles de explicación ». (1)

Por lo que respecta al estudio de la fuerza nerviosa, nos encontramos en un período que corresponde á la alquimia. Nos falta el hilo conductor, y los hechos mismos no son ni bastantes numerosos ni bastante bien establecidos que permitan construir sobre ellos el menor de esos frágiles edificios á los que se llama *teorias.*

Desde luego es necesario observar. Pero las observaciones no llegan á ser fecundas sino cuando sirven de punto de partida á experiencias. ¿Se produce un fenómeno? Se le relacionará, si es posible, á otros fenómenos ya conocidos, deduciendo sus consecuencias, las que se tratará de comprobar, teniendo cuidado de anotar tanto los fracasos como los éxitos.

Cuando se hayan efectuado y publicado trabajos de esta naturaleza, llevados á cabo por hombres concienzudos que operen por medio de métodos y con ayuda de instrumentos diferentes, los *constantes* aparecerán, se eliminarán por sí mismo los errores, y entónces será fundada realmente esta ciencia futura que Reichenbach (2) ha llamado la *ciencia del OD.*

---

(1) Lodge. 1. c.

(2) N. del T. Sábio austriaco, autor de las cartas *Odico-Magnéticas* y descubridor de la parafina y de la creosota.

SUEÑOS (1)

La mente funciona en varios planos, y no tenemos conciencia de todas sus actividades. Lo que aportamos del país de los sueños es, por regla general, una mezcolanza confusa, pero sin embargo, á veces nuestras experiencias en este estado son tan claras como las de nuestro estado de vigilia, y muchos han recibido de este modo avisos, ó han sido instruídos ó consolados. Apolonio dice: «En los sueños de la mañana, los dioses hablan á los hombres».

Algunas de nuestras impresiones durante el sueño, pueden ser influencias fugaces de otras mentes; algunas también una mera continuación de las experiencias del día, ó vislumbres sin hilación del plano astral; pero hay otras que parecen ser revelaciones de nuestra memoria subconsciente, desplegando ante nuestra asombrada vista trozos de los anales de alguna existencia pasada; y por este medio aprendemos lecciones de sabiduría inolvidables.

Un artículo de Leslic Munay, que apareció en *Modern Astrology*, hace algún tiempo, es un ejemplo de la última clase, que publicamos á continuación con el debido permiso:

«Era una noche sofocante de Agosto. Durante el día había hecho un calor anormal, y no corría un soplo de aire. En una alcoba espaciosa y lujosamente amueblada en el West End de Londres, hallábase una señora de unos cuarenta y cinco años, sentada á la cabecera de la cama donde yacía un niño.

Fuera, la paja que había en la calle, contaba claramente al transeunte la triste historia, pues se hallaba extendida en una capa muy espesa para amortiguar el ruido del tráfico. Miraba ella ansiosamente al niño, con el rostro contraído por el sufrimiento, su corazón rebosando angustia: sentía que el ángel de la muerte se hallaba próximo á arrebatarle el ser amado.

Los labios de este estaban abrasados y entreabiertos; presa de la fiebre, había empeorado rápidamente, y parecía próximo á su fin. Mirábale la señora, con las manos cruzadas y dejando correr gruesas lágrimas por sus mejillas. Internamente murmuraba: «¡Oh Dios mío! tengo que perderle, mi hijo único, mi niño querido, el último de todos los que en vano he tratado de criar y alimentar! ¿Por qué tengo hijos para perderlos? ¿Si, después de todo, no hu-

(1) De la Revista Teosófica «Sophía».

biese Dios, si no hubiese más que un demonio burlón que se complace en torturar el corazón de las madres, creando el amor sólo para destruir al amado? ¿Qué he hecho yo para sufrir de este modo? ¿Por qué se me castiga así? ¿Que significa todo esto?

En este momento entró su esposo en la habitación y preguntó en voz baja: «Lucy, ¿cómo está el niño? Movió ella lentamente la cabeza. «No está mejor, Carlos; y dice el doctor que esta noche será la decisiva.» Sus lágrimas caían entonces como la lluvia; el dolor la ahogaba.

Su esposo se acercó y contempló tristemente al enfermito, y luego, apoyando suavemente la mano sobre el hombro de su esposa, «Lucy», dijo: «Todo lo que el saber humano ha podido hacer se ha hecho. Sé valiente; mientras hay vida hay esperanza. Voy á enviarte la nodriza; baja ahora conmigo y trata de tomar algo.»

—No puedo comer—replicó.

—Voy á mandarte alguna cosa con la nodriza, Lucy; y si me amas, lo tomarás. Acuérdate que tienes toda la noche ante tí.

Poco después entró la nodriza y murmuró tiernamente algunas palabras de consuelo á la desolada mujer. Sin embargo, la madre seguía sentada contemplando aquella pequeña cara tan querida, sintiendo que pronto podría serle arrebatada. Poco después su ansiedad, el cansancio y el pesar se sobrepusieron, y durante algunos momentos pareció dormir, inconsciente de su desgracia.

No había transcurrido un cuarto de hora, cuando con un brusco movimiento Mrs. Escombe volvió en sí. Al mirar el reloj se sorprendió al ver que sólo había dormido un cuarto de hora escaso. Se levantó sin hacer ruido, y dijo á la nodriza: «Tomad mi sitio un momento; voy á la otra habitación á hablar con Mr. Escombe. Si el niño se despierta; avisadme en seguida.»

. . . . . .

Al abrirse la puerta Mr. Escombe se levantó y salió á su encuentro. «¿Lucy, no vendrás á decirme que el niño se.....?»

—No, amigo mío—replicó prontamente su esposa—pero me ha pasado algo muy singular. Podrías creer que me he vuelto loca. No sé lo que vas á pensar; pero tengo que referirte lo que me ha sucedido.

Ansiosamente examinó él su cara. ¿Se había vuelto loca á causa de la prolongada vigilia? ¿Estaría su razón perturbada? Nó; la cara, aunque pálida y llena de ansiedad, tenía una mirada de esperanza y de paz de que antes carecía por completo.

—Nuestro hijo vivirá—dijo ella—pero deja que me explique. He soñado ó tenido una visión, no sé lo que es, ¿cómo te la describiré?

—Me pareció que repentinamente había pasado á un mundo donde todo era brillante, todas las cosas transparentes como el cristal. Se podía ver todo alrededor y dentro de los objetos á la vez. Oí una voz que me hablaba, pero no como nosotros nos hablamos.

—Vuestro grito de angustia ha penetrado aquí ¡Aprended! Dios es Dios de amor, pero hay también una gran ley que se llama Justicia; y ahora mirad y haceos cargo del por qué habeís experimentado este sufrimiento, pues estad segura que nadie se burla de la Justicia. Lo que se siembra eso mismo se recoge. Y entonces pareció que pasaba ante mí un cuadro real, vívido, como si fuera de la vida, y yo estaba en él, no como tú me conoces, Carlos, sino como una mujer de otro país, de otra raza, de otra nacionalidad. Yo estaba allí, ama de una casa, madre de una familia, y entre mis hijos había otro de un pariente, un extraño. Era el hijo de mi primo, un hermoso muchacho de la edad de los nuestros; pero yo estaba celosa y avergonzada de él.

A medida que crecía, me pareció que este sentimiento también crecía, hasta que llegué á odiarle y desear que se marchara, pues era más hermoso y más inteligente que mis propios hijos; y cuando alguien reparaba en su hermosura me parecía que me oía decir: «¡Oh! es sólo un pobre pariente, ¿sabe usted?: el hijo de mi primo; hubiera muerto de hambre si yo no lo hubiese recogido; muchos lo hubieran abandonado, pero mis sentimientos no me permitían tal conducta». Finalmente, las cosas llegaron al punto de no querer yo que se sentara á la mesa con los demás, y comía con los criados, mientras que las ropas desechadas de mis hijos eran suficientemente buenas para el pariente pobre. Mis celos aumentaron de tal modo, que me decidí á mandarlo fuera de casa, y así lo hice, lo puse en un colegio económico, donde contrajo unas calenturas y murió, y me hice cargo, más aun, sentí la negrura de mi corazón, porque me alegré de verme libre de él.

Y entonces dijo una voz: «Ese hijo por quien tanto llorais, el heredero de vuestros bienes, el niño por cuya salvación dariáis vuestra vida, es *ese mismo pariente pobre*. Según habéis sembrado, así teneis que recoger. No hay causa sin efecto, como tampoco efecto sin causa.»

Entonces me pareció sentir que imploraba, «¿no hay pues remedio?» Y la voz habló de nuevo: «¡Sí! Porque en esta vida habéis vuelto á tener una oportunidad de arrepentiros del pasado, y cuando vuestros pequeñuelos morían uno después de otro, marchitos como las yemas en los vástagos, reco-

gistéis un pobre huérfano, cuyos padres habían muerto poco después de él nacer. Ese mismo huérfano que habéis adoptado, convertido hoy en doctor y cirujano, ha anulado las causas que pusistéis en acción la última vez. Vuestro hijo vivirá, y ese mismo jóven será el agente que lo salve. No hay demonio tentador y torturador de vuestro corazón de madre. Sufrís por vosotros mismos; pues sabed que todos los hombres sufren por su culpa. Todo es Justicia. Volved á la tierra. El grito de vuestro corazón queda contestado. Acordáos de lo que habéis visto». Y desperté bruscamente, Carlos, y encontré que sólo había transcurrido un breve cuarto de hora, y que sin embargo, había vivido un siglo, según contamos el tiempo.

La vehemencia de su esposa impresionó al marido, que siempre había tenido inclinación hacia las verdades más profundas de la vida, y era un pensador en asuntos metafísicos. Lucy—dijo—eso fué algo más que un sueño. Eduardo Cassells llegará á casa esta noche. Ultimamente se han hecho muchos descubrimientos. ¿Sabes tú cómo salvará el niño?

No—replicó ella; esa parte no se me mostró.

En este momento se oyeron pasos de alguien que subía precipitadamente as escaleras, y un joven penetró en la habitación, con el polvo del camino aún en sus vestidos.

—Tía, tío—exclamó—he viajado noche y día para llegar á tiempo. ¿Cómo está el pequeño Walter? He venido á salvarle. He visto en un sueño el medio de curarlo.

Los ojos de ambos esposos se encontraron, sus corazones estaban demaiado llenos para hablar. En nuestros momentos de mayor emoción no hay palabras.

. . . . . .

—¿Este es, pues, el niño que estuvisteis á punto de perder de una fiebre?--preguntó un visitante á Mrs. Escombe algunas semanas después.

La madre atrajo á sí tiernamente al niño, y sus ojos brillaron con un sentimiento reprimido.

—Sí—dijo.—¡No lo hubiérais creído al verle ahora!

¡Qué médico tan hábil es!—nombrando un especialista que había asistido á Mrs. Escombe.—¿El lo sacó adelante?

—No—dijo Mrs. Escombe tranquilamente.—Le parecerá á usted muy extraño, pero mi hijo fué salvado por un sueño.

POR LAS PUERTAS DE ORO

Por M. C.

(CONCLUSIÓN)

IV

El hombre anhela saber cómo podrá transformar el dolor en placer, ó sea el medio de educar la conciencia, á fin de que la sensación esperimentada sea la más agradable. ¿Puede el esfuerzo mental revelarnos este método?.... El problema es digno de atención.

Quien concentre intensamente su pensamiento en un objetivo determinado, tarde ó temprano concluirá por alcanzarlo. Al individuo que experimenta esta percepción, le llamamos un génio, un inventor ó un inspirado. Sin embargo, no hace otra cosa que coronar la gran obra mental de desconocidos que le rodean ó que han vivido en otras épocas, y sin cuyo concurso no hubiera obtenido los materiales de que dispone. Hasta el mismo poeta representa tendencias de épocas actuales ó anteriores, y se inspira en obras de otros poetas. Ningún individuo es separable de su especie.

Del mismo modo, si todos los hombres en vez de aceptar lo desconocido como inconocible, dirijiesen, de común acuerdo, hacia él sus pensamientos, las puertas de oro no permanecerían tan inexorablemente cerradas. Para abrirlas no se necesita sino una mano firme. El valor de pasar por ellas, es el valor de sondar su propia naturaleza, sin temor y sin escrúpulo. Hay que buscar la llave en la parte más elevada de la naturaleza humana,—en su esencia, en su perfume,—Y ¿qué hallaríamos después de haber abierto estas inmensas puertas?

A través del prolongado silencio de las edades muchas voces han respondido ya á esta pregunta: los que penetraron han dejado sus palabras, como un legado, á sus semejantes, y estas palabras encierran alusiones al respecto; sin embargo son muy pocos los que comprenden su sentido oculto. Los sabios, ó más bien los escolásticos, leen los libros sagrados de diversas naciones, la poesía y la filosofía dejadas por sus grandes hombres y no encuentran nada en ellos fuera de su sentido literal. La imaginación glorificando las leyendas de la naturateza ó exagerando los poderes psíquicos del hombre, les basta para esplicar el contenido de las biblias de la humanidad.

Lo que significan las palabras de estos libros podemos comprobarlo por nosotros mismos, y difícil será encontrar en esa literatura algo que no exista en el hombre que la estudia. Esta verdad banal, es evidente para todo investigador serio, pero es necesario recordarla especialmente al tratarse de una cuestión tan oscura y profunda, pues, por lo general el hombre cree que nada puede existir para los demás, allí, donde él mismo no encuentra más que el vacío.

Señalaremos el hecho de que los que nos han precedido en estas investigaciones, no han encontrado que las puertas de oro conduzcan al olvido. Por el contrario, franqueados sus umbrales, la sensación es real por primera vez, aunque de un género nuevo, de un orden que es imposible apreciar si no se dispone del hilo indicador. El estudiante podrá hallarlo si se toma el trabajo de recorrer la literatura que nos es accesible; y adquirir la convicción de que existen libros y manuscritos místicos ignorados hasta el presente, por la sencilla razón de que nadie está dispuesto á leer su primera página. Poseemos algunos raros fragmentos de esos preciosos tesoros; pues ¿dónde existe el todo de que ellos forman parte? Un delgado velo, aunque en apariencia infranqueable, nos lo oculta, como ha ocultado toda ciencia, toda arte, todo poder del hombre hasta que éste ha tenido la audacia de arrancarlo. Sin embargo, para ser audaz es indispensable tener convicción pues, cuando uno cree en la existencia de lo que desea, lo obtiene no importa á qué precio, la dificultad consiste solo en la incredulidad.... ¡Cuando una gran corriente intelectual se eleve hacia las regiones desconocidas de la naturaleza humana, entonces se abrirán sus puertas y serán explorados sus gloriosos horizontes!

Es indudable que todo aquel que haya planteado el triste problema del siglo XIX—¿vale la vida la pena de ser vivida?—reconocerá que la prueba merece tentarse, y seguramente el hombre se vería estimulado á realizar nuevos esfuerzos, si sospechase que más allá de la civilización, más allá de la cultura mental y más allá del arte y de la perfección mecánica, existe todavía una puerta por la que se entra á las realidades de la vida.

V

Tanto aquel que cree haber realizado el fin de la vida, como el que se abandona á la inacción en el momento en que no vé otra alternativa que vivir como vive el bruto ó elegir el excepticismo encontraría abiertas las puertas de oro, si se toma el trabajo de buscar el camino que á ellas conduce.

El hombre que encarna la cultura de su siglo y que se ha identificado con ella, puede decirse que está preparado para dar el gran paso, que sin embargo muy pocos tratan de realizar, aún entre aquellos que son los más aptos, en parte á causa de las dificultades que implica el esfuerzo, y en parte porque no comprenden que es esa la sola vía que lleva á la felicidad.

Ciertos placeres atraen ó ciertos individuos. Cada uno sabe que tal ó cual orden de sensaciones le es agradable, y hacia allí orienta naturalmente su vida, así como el tornasol se dirije hacia el sol, así como el nenúfar se apoya en el agua. Sin embargo luchará siempre y siempre en vano, pues apenas ha alcanzado su felicidad cuando la perderá de nuevo, para lanzarse otra vez en su busca. Más todavía, no la alcanzará nunca, pues el placer le elude en el momento supremo, porque trata de retener lo impalpable y de satisfacer la sed de su alma por la sensación, por el contacto con los objetos exteriores, ignorando que lo que es externo no puede causar satisfacción ni placer al sér interno, á ese algo que reina dentro de nosotros mismos y que no tiene ojos para la materia, ni manos para el tacto, ni sentidos para percibir lo que hay trás de sus murallas mágicas, fronteras encantadas que no tienen límites. El alma está en todas partes, se la encuentra en todas las cosas animadas, y sin ella no se puede concebir porción alguna del Universo, considerado como un conjunto coherente. Si no aceptamos esto como un axioma, perderemos el tiempo buscando el objeto de la vida.

En verdad la vida no tendría sentido si no fuera universal y conexa, y si nosotros no existiéramos como partes de un todo, no en razón de nuestro propio sér.

Uno de los más importantes factores de nuestro progreso es el conocimiento, el profundo y completo conocimiento de la ley de unidad y solidaridad universal. La separación que existe entre individuos, entre mundos, entre los diversos polos del Universo y de la vida y la quimera físico-mental llamada espacio, no son sino una pesadilla de la imaginación humana. Cualquier niño sabe que las pesadillas existen, y existen para atormentarlo; lo importante es saber distinguir entre las fantasias cerebrales que nos pertenecen en particular, y las fantasmagorías de la vida cuotidianas que interesan por igual á nuestros semejantes. Esta regla puede, por analogía, aplicarse más ámpliamente: que solo nosotros somos la causa de que vivamos en una pesadilla de horror imaginario, y de que nos creamos aislados en el Universo y capaz de acción independiente, porque no tenemos otros asociados que los que forman parte del sueño. Pero si hablamos con aquellos que han reconocido, empujado y abierto las puertas de oro, se hace entonces necesario

y aún esencial saber discernir, y no transportar á nuestra vida las confusiones de nuestro sueño; sin lo cual caeríamos en las tinieblas y en el caos. Como la historia lo registra, este caos ha seguido todos los esfuerzos de la humanidad. Cuando ha florecido la civilización, la flor se marchita y muere, en seguida el invierno y la noche la hacen desaparecer. Y será fatalmente siempre así, mientras el hombre se niegue á realizar el esfuerzo que le permita distinguir los fantasmas de la noche de las formas activas del día.

VI

Si á pesar de todo hemos tenido fuerza para resistir esta tendencia reaccionista, y para mantenernos firmes en la altura alcanzada, hay muchos que también puedan conseguirlo. Nada hace suponer que el sendero se detenga en un punto dado, salvo la tradición que ha declarado que era así, tradición que la humanidad ha aceptado y abrazado para escusar su indolencia.

La indolencia es en realidad un azote de la humanidad Es por su sola haraganería que el aldeano irlandés y el bohemio cosmopolita viven en la sordidez y en la miseria; es por la misma razón que el mundano vive contento en medio de los placeres sensuales.

Los vinos finos, la buena mesa, las fiestas brillantes y animadas, el lujo y las bellas mujeres, no son para el refinado, como objeto final de goces, mas causa de placer que lo que las rudas diversiones y las aficiones groseras del rústico lo son para este ser sin educación. No puede haber allí objeto final, porque la vida bajo todas sus formas no es más que una vasta série de gradaciones delicadas.

El que decide detenerse en el punto de cultura que ha alcanzado, y que se pretende incapaz de ir más léjos, no hace esta confesión sino para justificar su negligencia.

Por cierto que se puede decir que el bohemio está contento con su sordidez y su miseria y que por consiguiente vale tanto como el hombre más civilizado. Pero es que él no está satisfecho sinó mientras es ignorante. Desde el momento en que la luz penetra en su espíritu confuso, todo su ser se dirige hacia ella; y lo mismo sucede en un nivel superior.

El aldeano irlandés ama su whisky y, mientras puede procurárselo, se inquieta poco de las grandes leyes morales y religiosas que refrenan á los hombres y los hace temperantes. El gastrónomo refinado prefiere los gustos sútiles y los sabores perfectos; pero no por eso es menos ciego que el último aldeano, y no vé nada más allá de esas satisfacciones. Así como el

rústico, es engañado por un mirage que estravía su alma, y, porque una vez ha obtenido un goce sensual que le agrada, se imagina obtener la satisfacción suprema, repitiéndolo hasta el infinito, hasta que concluye por llegar á la locura. El aroma del vino preferido satura su alma y la envenena, no dejando lugar en ella para otros pensamientos que los de su deseo. Al mismo estado llega el que muere á causa de la bebida. ¿Qué beneficio obtiene el ébrio de su locura? Ninguna. El dolor termina por absorver completamente al placer. ¡Castigo final de la ignorancia prolongada de una ley natural, tan inexorable como la de la gravitación: una ley que prohibe al hombre la inacción. La misma copa del placer no puede ser libada dos veees; la segunda vez debe contener un grano de veneno, ó una gota de elixir de vida.

El mismo argumento se aplica y la misma ley opera, respecto de los placeres intelectuales. Vemos hombres, la flor intelectual de su edad, hombres que han aventajado y dominado á sus compañeros, entrar un día en un círculo fatal de pensamientos, y que cediendo á la indolencia innata del alma, empiezan á engañarse á sí mismos y tratan de buscar un consuelo en la repetición. Entonces viene la esterilidad y la vitalidad disminuye. ¡Triste contrariedad reservada muy á menudo á los grandes hombres que han franqueado ya la época media de la vida!

El calor de la primavera y el vigor del intelecto jóven han triunfado de la inercia interna y los han incitado á escalar las alturas filosóficas y á almacenar en sus pulmones mentales el aire libre de las montañas. Pronto se opera la reacción física y el mecanismo cerebral pierde su poderosa impulsión y principia á disminuir su marcha, simplemente porque la juventud del cuerpo toca á su fin. Hélos entonces asaltados por el gran tentador de nuestra raza, que parado eternamente en la escala de la vida, espera á aquellos que han logrado subir hasta allí, para verterles en el oído la gota envenenada.

Desde ese momento toda conciencia se oscurece; el hombre se amedrenta al sentir desaparecer para él las potencialidades de la vida, y retrocede apresuradamente hasta el escalón familiar á su experiencia, donde recien se tranquiliza produciendo un acorde bien conocido de pasión y de emoción. Demasiado numerosos son aquellos que entonces se detienen, temerosos de tentar lo desconocido, pero contentos de hacer vibrar sin tregua el acorde que les responde más fácilmente, y de asegurarse por este medio de que la vida palpita en ellos todavía.

Por fin, su destino es el mismo que el del gastrónomo y el del borracho. El encanto pierde diariamente su vitalidad. El hombre se esfuerza en vano en reproducir la excitación y el entusiasmo de antes, hiriendo la nota con más

violencia, vaciando la copa ratal hasta la hez emponzoñada. Entonces está perdido; la locura se abate sobre su alma como se apodera del cuerpo del bebedor. Para él la vida ya nada significa, y se precipita furiosamente en los abismos de la insanidad intelectual. El hombre que comete esta gran locura, obscearán á los demás identificándose estúpidamente con su pensamiento familiar, debatiéndose obstinadamente en el espacio recorrido, que afirma ser el objeto final. La nube que le rodea es tan fatal como la misma muerte, y todos los que antes se inclinaban ante él, se desvían con tristeza; se ven obligados á reconstruir sus primeras palabras para recordar su grandeza.

(*Continuará.*)

PENSAMIENTOS

Condenado á perecer está aquél, que por miedo á Mara (*la Muerte*), se retrae de ayudar al hombre, á no ser que lo haga en provecho propio. El peregrino que desea refrescar sus labios secos en las aguas corrientes, y sin embargo no se atreve á hacerlo, por miedo á las mismas, se expone á su cumbir por el calor. La inacción que del miedo egoista nace, solo puede dar lugar á malos frutos.

(*La Voz del Silencio.*)

*
* *

El devoto egoista vive sin objeto. El hombre que no lleva á cabo el trabajo que durante su vida le corresponde, ha vivido en valde.

(*Id id.*)

*
* *

En la guerra se tiene el derecho de matar para no morir; pero en la batalla de la vida, el más sublime de los derechos es el de morir por no matar.

(*Eliphas Lévi*).

*
* *

El menos perfecto de los actos de amor vale más que la mejor palabra de piedad.

(*Id id.*)

*
* *

El peor de los hombres es el que se cree mejor que los demás.

(*Id id.*)

*
* *

Sentir su ignorancia, es ser sabio; estar seguro de su sabiduría, es ser loco.

(*Sentencia Oriental.*)

*
* *

Todos ven que una gota cae en el Océano, pero pocos comprenden que la gota y el Océano son uno.

(*Id id.*)